
EL INCUNABLE DE LA FILOSOFÍA

¿QUÉ ES UN INCUNABLE?

Incunable (del francés *incunable*, y este del latín *incunabŭla* 'cuna', 'orígenes', tomado de *Incunabula typographiae* 'Cuna de la tipografía', título de un catálogo publicado en Ámsterdam en 1688 en el que se consignaban las primeras obras que se imprimieron. Significa:

1. Dicho de una edición: Hecha entre la invención de la imprenta y el año 1500.
2. Raro, valioso o que corresponde a los inicios de una actividad, de un arte, de una técnica. [RAE: *DEL*]

«Incunable está directamente relacionado con la palabra latina para "pañal" y "cuna". "Cuna" (*coitis* en griego) a su vez está relacionada con la palabra latina para "encuentro" y "coito". Y me pareció un buen término, porque no tiene sentido preguntarse dónde se utilizó por primera vez esta palabra "filosofía".

Presumiblemente no en Heráclito, a quien suele atribuirse el primer uso, pero quien, en el fragmento utilizado como prueba de ello, no se pronuncia en absoluto sobre los filósofos, que deben tener experiencia en muchas cosas, sino de un modo como si quisiera reconciliarse con un uso más antiguo de la palabra y apartarse de él por cuenta propia.

Ciertamente tampoco en Heródoto, que utiliza la palabra como participio en un momento de sus "Historias" sin querer iniciar nada con ella. Pero presenta lo que específicamente quiere expresar con ella en una cadena de relatos en los que, aunque todavía está conceptualmente en "pañales", apunta en una dirección determinada, lo que lo ha hecho importante hasta nuestros días.» [Heinrich, Klaus: *Vom Bündnis denken. Religionsphilosophie*, hrsg. v. Hans-Albrecht Kücken, Frankfurt am Main und Basel 2000, p. 40-41]

LA PRIMERA MENCIÓN DEL PARTICIPIO DEL VERBO FILOSOFAR

Heródoto, en *Los nueve libros de la historia*, Libro 1, § 30, pone en boca de Creso estas palabras dirigidas a Solón: "Muchas noticias tuyas nos han llegado, tanto por tu sabiduría (*σοφία* – *sophie*) como por tus viajes; y movido por el amor de saber (*hos philosophon*) has viajado a muchos países para examinarlas (*theories heineken*)" (Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, Libro 1, § 30). Aquí los tres términos *sophia*, *theoria* y *philosophia* aparecen íntimamente asociados.

«Ξεῖνε Ἀθηναῖε, παρ' ἡμέας γὰρ περὶ σέο λόγος ἀπίκται πολλὸς καὶ σοφίης εἵνεκεν τῆς σῆς καὶ πλάνης, ὡς φιλοσοφῶν γῆν πολλὴν θεωρίης εἵνεκεν

ἐπελήλυθας· νῦν ὦν ἐπειρέσθαι σε ἕμερος ἐπῆλθέ μοι εἴ τινα ἤδη πάντων εἶδες ὀλβιώτατον.»

«¡Huésped de Atenas! Como es grande la fama que de ti me ha llegado, a causa de tu sabiduría y de tus andanzas, ya que como filósofo has recorrido muchas tierras en aras de la teoría, por eso se ha apoderado de mí el deseo de preguntarte si ya has visto a un hombre que fuera el más feliz de todos.»

Creso, esperando una respuesta halagadora, se dirige a Solón como aquel que "como filósofo ha vagado por toda la tierra en aras de la teoría: *hos philosopheon gen pollen theories heineken epelelythas*". Respuesta de Solón: vagar en aras de la teoría no significa buscar cosas a las que aferrarse, cuyas propiedades uno podría transferirse a sí mismo como predicados para declararse *olbios* (feliz) - y sobre todo no significa: nadie se alabe hasta que acabe. Para poder decir de alguien que ha sido feliz, hay que esperar a que muera.

En Jonia *sophia* era el modo de ser no del que hace, sino del que sabe hacer, del que sabe cómo se debe obrar o gobernar, o cómo se producen los acontecimientos de los dioses o del mundo. *Sophia* se asoció cada vez más íntimamente con el examen puro del mundo, independiente de las acciones humanas; "para examinarlos" es por lo que Solón viaja por muchos países, y por eso Heródoto pensó que merecía el título de "sabio".

Si bien *sophia* nunca fue más allá de un simple examen del mundo como un todo -algo parecido al conocimiento religioso- encontró expresión, como este último, en forma poética; cuando empezó a vestirse con el carácter de conocimiento racional, la prosa se introdujo en la filosofía.

Philosopheon es un participio presente del verbo *philosophhein*. Ya en esta época el verbo era de uso cotidiano y que mencionaba una actividad con la que, en alguna forma, ya los hombres estaban familiarizados.

En el texto se dice de Solón que es "hos philosopheon" porque ha viajado a muchas tierras a causa de la *theoria*, es decir, para ver cosas. El griego denominaba *theoria* a la visión de lo sagrado: al modo como presenciaba viendo "un organizador de las fiestas de los juegos olímpicos o las ceremonias del culto".

Era un ver especial con el que ya está familiarizado el griego y que se diferencia de todo ver corriente y consuetudinario tanto por la ocasión en que tiene lugar, como por aquello a lo que está dirigido.

Cuando Heródoto dice de Solón que ha viajado por muchas tierras a causa de la *theoria*, quiere señalar ante todo que lo ha hecho libremente, sin que mediaran fines específicos para ello, ni necesidad concreta de ninguna clase. Solón sólo ha viajado "para ver cosas". El querer ver cosas permite además que a Solón se le califique como "hos philosopheon", como el que ama el saber, el "amigo del saber".

«En los cultos había mucho que ver y mucho que oír. La palabra que resume ambas cosas en griego (palabra tomada directamente de la lengua del culto) es la palabra *theoria*. El primer componente es *thea* (mostrar), pero el segundo procede de la palabra *horaos*. Pero no se trata de una palabra que provenga de

'rostro' y 'ver', sino que *horao* es la misma palabra que en latín *vereor, vereri*: 'venerar', 'observar atentamente'. *Horao* es la observación atenta, la percepción, como inicialmente pertenece única y exclusivamente al ámbito del culto.

Quien rinde culto a los dioses de este modo, en todos los ámbitos del ver y del oír en una representación de culto, es el *theoros*; y este *theoros* es probablemente el espectador de la representación de culto (y la *theoria* misma esta representación de culto) así como quien muy específicamente tiene que averiguar algo en este culto: es decir, el emisario a un determinado lugar de oráculo o a un acto sacerdotal muy concreto.

El hombre, pues, que aparece como *theoros*, como emisario para tales interrogatorios y actuaciones, o directamente como espectador en el juego cultural, asiste en ambos casos, al interrogatorio del oráculo o a tal juego cultural, a una *theoria*. Y palabras como *theoretikos*, también *theorikos*, es decir, toda esta familia de palabras designa en primer lugar todo lo que pertenece a tal culto. *Theoria* es una palabra que pertenece al lenguaje del culto, *theoria* significa la adoración de los dioses.

Y este espectáculo, que ya no es suficiente en su celebración pública, se traslada ahora a una esfera de religión privada, que sin embargo adquiere de nuevo una poderosa fuerza vinculante público-legal: ahora esta *theoria* es el ver, que ya no es el mirar de la obra de culto, y el oír, que ya no es el escuchar en tales representaciones de ópera cültica con golpes de gong y gritos de grupos entusiastas.

Ahora la *theoria* es ver sin ver tales cosas, y oír sin escuchar tales cosas: Mirar y apereibir al mismo tiempo de un modo que ya no está enturbiado por las mediaciones sensuales, que son lo que se evita en el uso de tal término.» [Heinrich, Klaus: *Vom Bündnis denken. Religionsphilosophie*, hrsg. v. Hans-Albrecht Kücken, Frankfurt am Main und Basel 2000, p. 103-105; 196]

HERÓDOTO – PADRE DE LA HISTORIA

Heródoto de Halicarnaso (Ἡρόδοτος – Hēródōtōs); en latín, Herodotus; Halicarnaso, 484-425 a. C.) fue un historiador y geógrafo griego, tradicionalmente considerado como el padre de la historia en el mundo occidental y el primero en componer un relato razonado y estructurado de las acciones humanas.

Dedicó parte de su vida a efectuar viajes para obtener la información y los materiales que le permitieron escribir una obra de gran valor histórico y literario. No obstante, recibió severas críticas incluso por parte de sus contemporáneos por incluir en su trabajo anécdotas y digresiones que, aunque proporcionaban informaciones valiosas, poco tenían que ver con el objeto de estudio que se había propuesto: las luchas de los persas contra los griegos.

Las *Historiae* o *Nueve libros de historia* son consideradas una fuente importante por los historiadores por ser la primera descripción del mundo antiguo a gran escala y una de las primeras en prosa griega. Comienza así:

Ἡροδότου Ἀλικαρνησέος ἱστορίας ἀπόδεξις ἦδε, ὡς μήτε τὰ γενόμενα ἐξ ἀνθρώπων τῷ χρόνῳ ἐξίτηλα γένηται, μήτε ἔργα μεγάλα τε καὶ θωμαστά, τὰ μὲν Ἕλλησι τὰ δὲ βαρβάροισι ἀποδεχθέντα, ἀκλεᾶ γένηται, τὰ τε ἄλλα καὶ δι' ἣν αἰτίην ἐπολέμησαν ἀλλήλοισι.

Heródoto de Halicarnaso presenta aquí los resultados de su investigación para que el tiempo no abata el recuerdo de las acciones humanas y que las grandes empresas acometidas, ya sea por los griegos, ya por los bárbaros, no caigan en el olvido. Da también razón del conflicto que enfrentó a estos dos pueblos.

El escaso rigor analítico de Heródoto se debe a que estaba aún en los albores del género histórico, pese a lo cual en la Antigüedad se le reconocía como «padre de la historia». Esto se evidencia en sus explicaciones de los acontecimientos humanos, en las cuales no está ausente la voluntad de los dioses.

Su sucesor, Tucídides, será quien excluya todo aspecto religioso y busque una explicación puramente racional, basada en la relación causa-efecto. Analiza los acontecimientos históricos intentando entender las causas o razones (*aitiai*) que los han causado, con un examen riguroso de las fuentes más allá del mero acopio de todo tipo de tradiciones. Tucídides sustituyó el tratamiento anecdótico y cuasinovelesco del pasado por el análisis metódico del presente.

Mientras Heródoto titula su obra *Historiae* como fruto y resultado de sus investigaciones personales *in situ*, Tucídides no llamará así su obra. Heródoto escribe en jonio, mientras que el Tucídides, heredero de los sofistas y la escuela sofística ateniense, escribe en ático.

CRESO – REY DE LIDIA

Creso (Κροῖσος, Kroisos) fue el último rey de Lidia (entre el 560 y el 546 a. C.), de la dinastía Mermnada, con un reinado que estuvo marcado por los placeres, la guerra y las artes.

Creso nació hacia el 595 a. C. Al morir su padre Aliates de Lidia en el 560 a. C., Creso conquistó Panfilia, Misia y Frigia; sometió a todas las ciudades griegas de Anatolia hasta el río Halis (salvo Mileto), a las que hizo importantes donaciones para sus templos. Debido a la gran riqueza y prosperidad de su país, de él se decía que era el hombre más rico en su tiempo.

SOLÓN

Solón (Σόλων) (638-558 a. C.) fue un poeta, reformador político, legislador y estadista ateniense, considerado uno de los Siete Sabios de Grecia.

Gobernó en una época de graves conflictos sociales producto de una extrema concentración de la riqueza y poder político en manos de los eupátridas, nobles terratenientes de la región del Ática.

Su Constitución del año 594 a. C. implicó una gran cantidad de reformas dirigidas a aliviar la situación del campesinado asediado por la pobreza, las deudas (que

en ocasiones conducían a su esclavización) y un régimen señorial que lo ataba a las tierras de su señor o lo conducía a la miseria.

Solón creó algo que podría llamarse una constitución estabilizadora: los pobres debían ser liberados de sus deudas para que pudieran recuperar sus tierras y, con ello, su nivel de subsistencia; los ricos debían ser compensados por las graves pérdidas con una influencia asegurada a perpetuidad, a saber, mediante un sufragio graduado que preveía cuatro clases que sólo podían hacer uso de él en función de su riqueza.

En particular, se distinguen las reformas institucionales y el nuevo sistema censitario creados con objeto de abolir la distribución de los derechos políticos basada en el linaje del individuo y, en su lugar, constituir una timocracia (del griego τιμοκρατία timokratía, derivado de τιμή, timé, 'honor'; y κρατία, kratía, 'gobierno': forma de gobierno en la que los únicos que participan en el gobierno son los ciudadanos que poseen un determinado capital o un cierto tipo de propiedades.

Como resultado, los estratos medios obtuvieron una mayor cuota de poder político, pero los estratos más bajos no consiguieron una nueva repartición de tierra, que en un principio anhelaban.

Ambas partes no estaban especialmente satisfechas con esta Constitución, pero acordaron dejarlo así por el momento y enviar a Solón de viaje durante diez años: para que recogiera experiencias extranjeras por el Mediterráneo y se viera así impulsado a mejorar su Constitución.

Evidentemente, Solón se mostraba escéptico respecto al cumplimiento de los juramentos si permanecía en la *polis* durante los próximos diez años. Podía contar con que nadie se atrevería a anular la Constitución en su ausencia.

La legendaria visita a Creso, el proverbialmente rico rey de Lidia, hecha famosa por Heródoto, tuvo lugar en esta década.

ENCUENTRO DEL LEGISLADOR SOLÓN Y EL REY DE LIDIA CRESO

Creso invita a Solón a su palacio y, en vista del interrogatorio que le sigue, le permite entrar en su tesoro. Solón mira todo con admiración, pero sólo brevemente. Luego hace algo que en el texto griego se traduce por la palabra *skepsamenon*: es ese "mirar de cerca" del que procede nuestra palabra "escepticismo".

"Panta onta megala te kai olvia" ("todas las cosas que son grandes y dan la felicidad" Solón las mira muy de cerca). Esta palabra "olbios" aquí todavía se aferra a las cosas por completo: son ellas las que garantizan la felicidad. Creso lo da por supuesto.

Creso pregunta a su invitado a quién considera el "*olbiotaton*", el "más feliz" y el "más afortunado". Ahora Solón le muestra que la palabra "olbios" no es aplicable a las cosas, sino a las personas. Qué es una felicidad que descansa en tesoros que pueden ser saqueados en el momento siguiente; una felicidad que consiste en tesoros que son efímeros.

Obviamente, sin embargo, Creso se dirige a Solón esperando una respuesta halagadora de aquel que "como filósofo ha vagado por toda la tierra en aras de la teoría" (*hos philosopheon gen pollen theories heineken spelelythas*).

Respuesta de Solón: vagar en aras de la teoría no significa buscar cosas a las que aferrarse, cuyas propiedades uno podría transferirse a sí mismo como predicados para declararse *olbios* (feliz) - y sobre todo no significa: nadie se alabe hasta que acabe. Para poder decir de alguien que ha sido feliz, hay que esperar a que muera.

«La vida del hombre ¡oh Creso! es una serie de calamidades. En el día sois un monarca poderoso y rico, a quien obedecen muchos pueblos; pero no me atrevo a daros aún ese nombre que ambicionáis, hasta que no sepa cómo habéis terminado el curso de vuestra vida.

Un hombre por ser muy rico no es más feliz que otro que sólo cuenta con la subsistencia diaria, si la fortuna no le concede disfrutar hasta el fin de su primera dicha. ¿Y cuántos infelices vemos entre los hombres opulentos, al paso que muchos con un moderado patrimonio gozan de la felicidad?

En suma, es menester contar siempre con el fin; pues hemos visto frecuentemente desmoronarse la fortuna de los hombres a quienes Dios había ensalzado más.» (Heródoto, *Historias*, Libro 1, § XXXII)

Solón le pone a Creso dos ejemplos de gente desconocida, que él considera que han sido felices o afortunados. A éstos, pero no a Creso, los considero felices, porque Solón entiendo por felicidad algo muy distinto que Creso:

–«Sí, señor, he visto a un hombre feliz en Tello el ateniense. Por dos razones: la una, porque floreciendo su patria, vio prosperar a sus hijos, todos hombres de bien, y crecer a sus nietos en medio de la más risueña perspectiva; y la otra, porque gozando en el mundo de una dicha envidiable, le cupo la muerte más gloriosa en la batalla de Eleusina.

Murió en el lecho del honor con las armas victoriosas en la mano, mereciendo que la patria le distinguiese con una sepultura pública en el mismo sitio en que había muerto.»

Excitada la curiosidad de Creso por este discurso de Solón, le preguntó nuevamente a quién consideraba después de Tello el segundo entre los felices. Solón le respondió:

–«A dos argivos, llamados Cleobis y Biton. Ambos gozaban en su patria una decente medianía, y eran además hombres robustos y valientes, que habían obtenido coronas en los juegos y fiestas públicas de los atletas.

Como en una fiesta que los argivos hacían a Juno fuese ceremonia legítima el que su madre hubiese de ser llevada al templo en un carro tirado de bueyes, y éstos no hubiesen llegado del campo a la hora precisa, los dos mancebos pusieron bajo del yugo sus mismos cuellos, y arrastraron el carro en que su madre venía sentada, por el espacio de cuarenta y cinco estadios, hasta que llegaron al templo con ella.

Los ciudadanos de Argos, celebraron a los dos jóvenes, y las ciudadanas llamaron dichosa la madre que les había dado el ser. La madre, muy complacida por aquel ejemplo de piedad filial, pidió a la diosa Juno que se dignase conceder a sus hijos Cleobis y Biton, en premio de haberla honrado tanto, la mayor gracia que ningún mortal hubiese jamás recibido.

Hecha esta súplica, asistieron los dos al sacrificio y al espléndido banquete, y después se fueron a dormir en el mismo lugar sagrado, donde les cogió un sueño tan profundo que nunca más despertaron de él.

Los argivos honraron su memoria y dedicaron sus retratos en Delfos considerándolos como a unos varones esclarecidos.»

Al final de la primera parte de la historia, Creso no se ha convertido en filósofo, sino que rechaza indignado la enseñanza que le ha dado Solón.

CRESO Y LA ACEPTACIÓN DE LO REPRIMIDO

Creso tenía dos hijos, uno lisiado y sordomudo al que despreciaba y, otro, Atis, que destacaba en todos los campos. Una noche, tuvo un sueño que presagiaba la muerte de Atis producida por una punta de hierro.

Para evitar que se cumpliera el sueño, impidió que su hijo corriera cualquier riesgo y que se acercara lo más mínimo a cualquier objeto punzante. Además, aceleró la boda de su primogénito, a fin de asegurar la descendencia. En ese contexto, apareció en Sardes un extranjero, Adrasto, de familia real, desterrado por haber matado a su propio hermano sin querer. Creso, siguiendo la tradición, lo aceptó en su corte y lo purificó de sus crímenes.

Al mismo tiempo un jabalí apareció en el país, arrasando todo a su paso. Atis suplicó a su padre que le dejara tomar parte de la caza. Este accedió al entender que su hijo no podía morir por los colmillos del jabalí.

Acompañó a la expedición Adrasto para vigilar que a Atis no le ocurriera nada malo. Sin embargo, en medio de la caza, Adrasto lanzó su jabalina con tan mala fortuna de acertar en Atis, matándolo tal como predijo el sueño.

Al presentarle el cadáver a Creso, Adrasto le pidió que lo matara en justa correspondencia con su infortunio. El rey se negó, al no considerarlo el responsable del mal hecho.

Creso no se vengó: lo que se le había revelado en sueños era evidentemente un destino impuesto a su hijo, le explica a Adrastos, que exige un castigo. Atis es enterrado solemnemente; sobre su tumba se suicida Adrastos. Adrasto se suicidó al considerarse el más desgraciado de los hombres.

La muerte de Atis cumple, según la narración de Heródoto, la profecía dada por el oráculo de Delfos en ocasión del asesinato del rey heráclida Candaules por parte del mermnada Giges.

Según la Pitia, este último y sus sucesores gobernarían a los lidios, pero la venganza caería sobre el quinto descendiente de Giges. Esta parte del vaticinio,

eclipsada por la otra que daba por bueno el reinado mermnada, fue desoída por Giges, y olvidada por sus sucesores.

CRESO MALINTERPRETA LOS ORÁCULOS Y ES DERROTADO POR CIRO

Después de superar el duelo por la muerte de su hijo, Creso vio como amenaza el creciente poder del imperio persa de Ciro II el Grande, quien había destronado a Astiages, rey medo casado con Arienis, hija de Aliates y, por tanto, pariente de Creso.

Pensando que podría a su vez contener ese peligro y vengar a Astiages, y deseando consultar sobre ello a los oráculos, primero decidió probarlos, mandando emisarios a todos los santuarios conocidos a fin de que adivinaran que hacía en un preciso momento.

Realizada la prueba, Creso solo quedó satisfecho con los vaticinios de los oráculos de Delfos y Anfiarao. De esta forma, decidió mandar ofrendas y sacrificios a Delfos y Anfiaro, a fin de ganarse el favor de los santuarios.

Mandó unos emisarios para que preguntaran si debía emprender la guerra contra el rey persa. La Pitia contestó de forma ambigua, declarando que se destruiría un imperio, sin dejar claro si sería el persa o el lidio.

Creso no tuvo dudas e incluso hizo una tercera consulta, sobre cuanto duraría su monarquía a lo que la Pitia contestó que solo la perdería cuando un mulo reinara sobre los medos. Creso pensó que jamás reinaría ninguno, pero no se dio cuenta de que realmente a Ciro se le podía considerar un «mulo», por ser hijo de una pareja de diferente condición.

Interpretados de esa manera los oráculos, no puso Creso en duda su victoria y decidió organizar en primer término una expedición a Capadocia. Concretó una alianza con los lacedemonios, a los que consideraba como los griegos más poderosos, y con quienes los lidios siempre habían mantenido muy buenas relaciones.

Antes de partir, hizo caso omiso a una recomendación del sabio Sandamis, consistente en la argumentación de que organizar un enfrentamiento contra los persas, hombres carentes de riquezas, ponía en riesgo a los lidios que, a su modo de ver, frente a un desenlace positivo nada ganarían, mientras que frente a uno negativo podían perder mucho.

Tras cruzar el Halis, las tropas de Creso se establecieron en Pteria. Los ejércitos de ambas partes se encontraron allí y pelearon hasta que se puso el sol sin que ninguno resultara vencedor. Comprendiendo Creso al día siguiente que su ejército era menor en número, decidió volver a Sardes y pedir auxilio a los egipcios y babilonios, con cuyos respectivos reyes Amosis II y Labineto (probablemente Nabonido) tenía concertada una alianza.

Tuvo lugar la batalla de Timbrea, en la que ambos ejércitos se enfrentaron y que significó la victoria bélica decisiva para los persas, que obligaron a los lidios a refugiarse tras las murallas de la ciudad.

Creso creía a Sardes inexpugnable. Pero se dejó una parte de la muralla, ya que era una zona escarpada por la que parecía imposible acceder. Sin embargo, un persa se percató de que se podía acceder por esa zona, y el ejército de Ciro pudo tomar la ciudad antes incluso de que los espartanos, principales aliados de Creso, pudieran partir de su puerto.

Los persas capturan a Creso al año siguiente de la batalla de Capadocia, en el 546 a. C.

LA CONVERSIÓN DE CRESO EN UN FILÓSOFO

Ciro no sabe qué hacer con un hombre que tiene fama de ser temeroso de los dioses debido a sus tan numerosas consultas al oráculo. Creso también había fomentado esta reputación recompensando a los oráculos que le eran favorables con grandes regalos votivos.

Ciro decide poner al encadenado Creso en una pira funeraria con la oculta intención de probar si uno de los dioses le protegerá y le salvará de ser quemado vivo, y ordena encender la pira. Entonces oye que Creso pronuncia un nombre una y otra vez: ¡Oh Solón, oh Solón! Le pica la curiosidad y pregunta a Creso a quién llama.

Según Heródoto, Creso respondió que Solón "es aquel que yo deseara tratasen todos los soberanos de la Tierra, más bien que poseer inmensos tesoros", y le refirió lo sucedido y lo que Solón había dicho sobre la felicidad, esto es, que la fortuna del hombre es tan cambiante que solo es posible conocer o medir quién ha sido afortunado después de que ha muerto.

Ciro se da cuenta de lo cierto de esta reflexión y de que a él podría ocurrirle exactamente lo mismo y, viendo reflejada su dicha actual en la otrora buena fortuna de Creso, manda apagar el fuego, aunque es demasiado tarde: las llamas son ya demasiado altas.

Entonces Creso, preso del pánico, grita: "¡Si te he complacido con tantos regalos votivos, sálvame ahora de esta precaria situación, Apolo!" En efecto, el dios hace llover a cántaros; las llamas se apagan. Y ahora Ciro se da cuenta de que está tratando con un protegido de los dioses y hace que le quiten las cadenas a Creso y se lo lleva consigo.

Cuenta Heródoto, que Creso quedó en la corte de Ciro, siendo bien tratado y sirviendo al rey persa, y a su hijo Cambises, como consejero. Así lo muestra Heródoto, aconsejando a Ciro que ataque a los masagetas en el país de éstos y no en la propia Persia como había propuesto Tomiris, reina de los masagetas. Antes de partir a la batalla, en la que moriría, Ciro deja a Creso con Cambises, al que ya había nombrado heredero.

«Al final de la tercera parte, enfrentado a su muerte en la pira ardiente, tiene que aceptar esta enseñanza existencialmente, por así decirlo, y renace entonces como filósofo gracias a la intervención de Apolo, que se transforma así en el patrón de todos los filósofos.» [Heinrich, Klaus: *Vom Bündnis denken*.

Religionsphilosophie, hrsg. v. Hans-Albrecht Kücken, Frankfurt am Main und Basel 2000, p. 46]

Después de sufrir todas estas peripecias, Creso se convierte en un filósofo. Y ocurre lo que Platón llama, con una expresión mitológica, la *psyches pedagoge*. Conversión interior, arrepentimiento; cambio de la propia visión de la vida, adquisición de una nueva visión del mundo.

La palabra metanoia μετάνοια (de νοεῖν noéin, 'pensar' y μετά μετά 'después de' del Antiguo Testamento griego y del Nuevo Testamento griego significa literalmente 'replanteamiento, cambio de opinión, inversión del pensamiento'. En latín eclesiástico, *metanoia* se tradujo como *paenitentia* ('arrepentimiento'), derivado de *poena* ('castigo').

EL FILÓSOFO COMO CONSEJERO TECNOLÓGICO

Creso emerge ahora como un filósofo que no se deja desafiar por nada. Ha aprendido a no aferrarse a lo externo y a anesthesiarse contra todo afecto y emoción.

Ahora Creso, que ya no es codicioso, con una serenidad que asombra y una seguridad admirable y que proviene del hecho de que ahora ya no está apegado a las cosas concretas y puede controlarlas mucho mejor precisamente porque ya no está implicado en ellas, puede dar a Ciro consejos que merecen ser llamados *tecnológicos*.

Al principio, Creso se queda pensativo. Luego mira el bullicio de las calles de la ciudad y pregunta: ¿Qué hace toda esa gente allí con tanto ahínco? Ciro le explica: Se están llevando tus posesiones. Creso responde: No, se llevan *tus* bienes.

Ciro se sorprende: ¡qué razón tiene este hombre tan listo! Ahora él, el vencedor, no sabe cómo actuar y pide consejo a Creso, que la explica: Deja que tu pueblo siga siendo pobre, no sea que se levante contra ti. Pon guardias en las puertas que digan que Zeus exige su diezmo a cambio de la victoria; entonces te entregarán gustosos su botín y no tendrás que hacerte impopular.

«He expuesto alguna vez la historia de la filosofía griega poniendo el acento en la conciencia tecnológica como el terreno en el que se mueven los filósofos desde un principio.

Un ejemplo clásico es el presocrático Tales de Mileto (624-546 a. C.), filósofo, matemático, geómetra, físico y legislador griego. Para la mente terrenal parece ajeno al mundo, es ridiculizado, por ejemplo, por una doncella tracia cuando, mirando fijamente al cielo para observar las estrellas, cae en un pozo.

En realidad, ha estudiado astronomía sin la intención de ser astrónomo; ha adquirido amplios conocimientos científicos sin dar importancia a ser "economista". No se ha especializado, pero no es en absoluto un diletante, sino el prototipo de alguien que domina cada una de las técnicas: como astrónomo, reconoce en medio de un duro invierno que la próxima cosecha de aceite llegará muy temprano.

Como empresario, alquila inmediatamente todas las prensas de aceite de Mileto y Quíos, y luego las realquila al precio que ahora puede él dictar, demostrando así que el filósofo no era tan ajeno al mundo, sino que podía ser rico, lo cual, sin embargo, no era su objetivo.

Podemos ver claramente el objetivo real de esta historia aparentemente anecdótica, que mantiene la tensión más allá del clímax dramático de la historia Solón-Creso: ser el consejero tecnológicamente perfecto como filósofo, que a su vez utiliza la religión como ideología con ayuda de la cual Creso puede arrebatarse el botín a su propio pueblo tras el saqueo de Sardis.» [Heinrich, o.c., p. 32]

«Sólo después de haber pasado por la muerte, el renacido Creso se enfrenta al destino asumiendo el papel de cómplice. Ahora acepta el destino identificándose con él. No es que se convierta en "destino", sino que se hace cómplice de él. Su actitud específica se caracteriza por el hecho de que ya no siente codicia por ningún objeto. Ya nada le estremece.

Se ha liberado de todo. "Todo lo que tengo lo llevo encima". Pero no se ha olvidado en absoluto de los objetos y sus relaciones con las personas, sino que se ha vuelto inmensamente lúcido y tecnológicamente hábil.

Impasible, por un lado, es capaz, por otro lado, de idear trucos para utilizarlos si quiere adquirir riqueza para sí manipulando a la gente: este filósofo renacido como asceta resulta ser al mismo tiempo un perfecto tecnólogo que puede dar los mejores consejos desinteresadamente a quien los necesite.

De este poder, por supuesto, obtiene una sensación de placer. [...] No estar apegado a las cosas es prácticamente la premisa para poder dictar condiciones.» [Heinrich, o.c., p. 48-49]

LOS DIOS COMO FUNCIONARIOS DEL DESTINO

Creso quiere conceder un deseo a Creso y este pide que le lleven las cadenas a Delfos para poder hacer la pregunta adecuada a Apolo y presentar al oráculo la cuestión de si es costumbre entre los griegos que el dios engañe a quien ha sido su adepto y le ha ofrecido tantos regalos.

La pregunta es rechazada por la Pitia, o más bien por el dios del que recibe sus oráculos, con una serie de respuestas memorables que oscilan entre la instrucción y la justificación:

En primer lugar, ningún dios puede situarse por encima del destino predeterminado; evidentemente, los propios dioses sólo son funcionarios del destino. El oráculo de Delfos ya había profetizado, con ocasión del asesinato del rey heráclida Candaules por parte del mermnada Giges.

Según la Pitia, este último y sus sucesores gobernarían a los lidios, pero la venganza caería sobre el quinto descendiente de Giges. Esta parte del vaticinio, eclipsada por la otra que daba por bueno el reinado mermnada, fue desoída por Giges, y olvidada por sus sucesores.

En segundo lugar, Apolo había retrasado todo lo posible la caída predestinada de Sardis durante tres años, luego había salvado a Creso de morir en la hoguera.

Y, por último, era culpa suya no haber vuelto a enviar emisarios a Delfos a preguntar qué significaba el doble oráculo, que destruiría un gran imperio y podía estar seguro mientras una mula estuviera al mando de los medos.

EL FILÓSOFO Y SU COMPLICIDAD CON EL DESTINO

«La historia de Solón y Creso es, en efecto, como un incunable de la filosofía. Solón es considerado como el prototipo del filósofo: tuvo experiencias por doquier de las que él, a diferencia de Creso, no tuvo que sufrir directamente, pero que ya contienen para él la quintaesencia: que uno no puede rebelarse contra su destino; que uno no puede llamarse "afortunado" antes del fin de sus días; que la sabiduría (*sophía*) digna de tal nombre es la perspicacia de comprender todas las vicisitudes del destino (*Einsicht in das Schicksal*).

Aquí se anticipa lo que se llamará "estoicismo" en la historia de la filosofía: exactamente lo que no sólo se enseña, sino que se aprende. Adquirir experiencia, y precisamente en este sentido Heródoto, este hombre que adquirió experiencia en muchos viajes, quiso que el suyo se entendiera como una empresa filosófica.

Podemos relacionar a Solón con algún estoico posterior, pero también con lo que hoy en día se considera como actitud filosófica frente a la vida. al hombre que no se deja impresionar ni afectar por nada, que no está apegado a nada, sino que está por encima de las cosas. Precisamente porque está por encima de las cosas, sin embargo, puede obtener un beneficio de un tipo muy especial: puede aventajar a todos aquellos que están apegados a ciertas cosas y no pueden despegarse de ellas.

Solo al final de la vida, con la muerte, adquiere "sentido la vida y el "filósofo", a quien Heródoto hace contar esta historia, ocupa el lugar del que es feliz porque anticipa el estado de estar muerto como una vida filosófica: como alguien que ya no puede ser sacudido por los golpes del destino, como alguien que aparta y se deshace de todo aquello a lo que la gente está apegada y que puede perder prontamente.

Así pues: si el filósofo representa lo que significa la felicidad, entonces la muerte una y otra vez es el concepto clave y la cuestión de cómo uno se relaciona con la muerte es el soporte que mantiene unidas todas las historias de Solón y Creso.

Tras una serie de consultas al oráculo, con las que a pesar de todo se topó con su destino, Creso tiene que ser informado por la Pitia de que incluso el dios no es más que un funcionario del destino. Por supuesto, ninguno de los dioses griegos se habría expresado así en una época en la que aún no habían sido puestos en su lugar por su rival, el filósofo.

"Funcionario" no está en el texto de Heródoto, por supuesto, pero da en el clavo de la formulación que allí se hace de que ningún dios puede ponerse por encima del destino, ni detenerlo en última instancia. Y cuando Apolo lo hace por boca de Pitia en Heródoto, esto ya expresa parte de la perspicacia del filósofo: ahora no sólo está por encima de todos aquellos que confían ciegamente en los dichos

de los oráculos, sino incluso por encima del dios que sólo es un funcionario del destino.

Heródoto no cuenta toda la historia en favor de Apolo, sino desde el principio en honor al filósofo Solón, que es en realidad el sujeto del proceso histórico. En realidad, es él quien desencadena los escrúpulos en Creso y, con ello, todas las futuras vicisitudes en su vida. En realidad, es él quien le sumerge por primera vez en su *pathos*, en su "sufrimiento". De hecho, sólo a través de este sufrimiento le ha dado la posibilidad de convertirse en filósofo, de resucitar como filósofo. [...]

Sólo después de haber sido salvado de una muerte segura por la llama y después de haber pasado por la muerte, el renacido Creso tiene la posibilidad de enfrentarse al destino asumiendo el papel de cómplice. Ya sabe que no puede superarlo y ahora lo acepta identificándose con él. No es que se convierta en "destino", sino que ahora es cómplice de él. Su actitud específica se caracteriza por el hecho de que ya no está codiciosamente apegado a los objetos. [...]

Con "complicidad" me refiero a una forma específica de comportamiento en el fatídico "enredo", que en latín se describe con la palabra "complicatio". Caracteriza la figura del filósofo el hecho de que sabe que no puede salir de este enredo. Sin embargo, como cómplice, se mueve dentro de él de la forma más indolora e inafectada posible, eliminando cualquier forma de rebelión o protesta afectiva.

Los estoicos desarrollarán sistemáticamente técnicas mediante las cuales uno aprende a refrenar cada vez más las emociones violentas hasta que, tras un largo entrenamiento, finalmente es capaz de no mostrar emoción alguna; reconociéndose y uniéndose al destino de un modo que le permite aparecer como aquel que, en complicidad con el destino, es más grande que los dioses que son funcionarios del destino.

Vemos en Creso, por su invocación a Solón y por su comportamiento inmediatamente después de ser salvado de la muerte en la hoguera, que la filosofía se inaugura como filosofía de la religión: como filosofía de la religión que extrae su fuerza de la afirmación, subrayada por Apolo al final, es decir, como dios-filósofo, de que es una doctrina de salvación que supera la creencia en los dioses como instancias superiores del destino; pero que en realidad no puede oponerse al destino mismo –el que ha sufrido, por ejemplo, Lidia– sino que lo acepta con resignación y comprensión.

Por otro lado, vemos una figura liberada de toda clase de deseo por las experiencias del horror, purificada de todas las emociones, que se vuelve tecnológicamente poderosa y empoderada precisamente por ello, calculando y manipulando a todas las personas y circunstancias.

Subjetivamente, se da aquí una respuesta de salvación cuyo precio es la supresión de todo afecto, pero que eleva a las personas por encima de lo que son los dioses, lo que objetivamente equivale a la forma específica de rendición al destino, que se puede describir con el término "complicidad".» [Heinrich, o. c., p. 27-30; 47; 65-67; 75]

EL PATHOS DEL FILÓSOFO: THAUMÁZEIN

Para Platón, el asombro (θαυμάζειν *thaumázein*) fue el comienzo de toda filosofía:

Μάλα γὰρ φιλοσόφου τοῦτο τὸ πάθος, τὸ θαυμάζειν: οὐ γὰρ ἄλλη ἀρχὴ φιλοσοφίας ἢ αὕτη. (Platón: *Teeteto* 155 d)

El asombro es la pasión de un filósofo. No hay otro comienzo de la filosofía que éste.

«Platón define el *pathos* del filósofo (πάθος *páthos* 'estado de ánimo', 'pasión', 'emoción', 'sufrimiento') y el comienzo de la filosofía con el término θαυμάζειν (*thaumázein*), 'asombro'. Es una de las grandes distorsiones de la filosofía griega cuando a este "asombro" se le da un cariz cosmopolita y se interpreta, como se hace en la modernidad, como una "actitud positiva" ante el mundo que permite aceptarlo todo con fiel asombro.

No, este "asombro" es algo terrible y Platón lo asocia con sensaciones desagradables y experiencias confusas: con "dolores de parto" (*Teeteto*, 151 A), "vértigo" (*Teeteto*, 155 C) y "entumecimiento".

En el *Teeteto* esto se ilustra con la famosa historia del sofista Protágoras: seis huesecillos, sin quitar ni añadir uno, son a la vez más o menos, dependiendo de si uno los compara con cuatro o doce. Aquí se pone en duda la certeza del mundo exterior, en el que seis huesecillos parecen ser algo idéntico.

Entonces el desconcertado Teeteto puede exclamar: "¡Me estoy mareando!", y entonces el Sócrates platónico puede instruirle con una reminiscencia genealógica: Con este *pathos* del θαυμάζειν (*thaumázein*) comienza toda la filosofía, cuyo *quid* está precisamente en no dedicarse a aquello que marea y desconcierta, sino que a aquello que es fijo e inmutable. Así como Ἴρις Iris se arquea desde las confusas profundidades hasta los cielos, para elevarse a la esfera de las ideas, que no conoce el más y el menos, sino que son fijas e inmutables.

Iris es la diosa del arcoíris que anuncia el pacto de unión entre el Olimpo y la tierra al final de la tormenta; al igual que Hermes, es la encargada de hacer llegar los mensajes de los dioses a los seres humanos. También es conocida como una de las diosas del mar y del cielo.

Heródoto narra cómo Creso emerge así, a través del vértigo y de una rigidez total, como un filósofo que ahora no se deja desafiar por nada. Ha aprendido a no aferrarse a lo externo y a anesthesiarse contra el afecto y la emoción.» [Heinrich, o.c., p. 30-31]

RELIGIÓN Y FILOSOFÍA

«Con el término filosofía de la religión no queremos definir ni una "disciplina filosófica especial" ni un suplemento de la filosofía, sino que lo entendemos como una corrección de la filosofía: como una corrección que toma en serio las

conmociones colectivas, los intentos colectivos de expresar el miedo, de explorar y resolver sus causas.

De todo esto hablan las religiones. Una filosofía de la religión que no evita tratar filosóficamente los conflictos aún no resueltos; por ejemplo, los que están plasmados con inusitado realismo en la mitología. El objeto de la filosofía de la religión es lo reprimido de la filosofía". [Heinrich, o. c., p. 40]

Quién es verdaderamente *olbios* (feliz, afortunado)

«Al principio, Creso intentó ganar los favores de Apolo mediante generosas dádivas votivas y consultas al oráculo, y de repente, sin más, aconseja al asombrado Ciro que invoque al dios central Zeus con el fin de manipular a su ejército que estaba saqueando la ciudad.

Antes, en la pira funeraria, Creso invoca primero a Solón. Y el rescate por parte de Apolo no es narrado por un creyente, sino como un eslabón de una concatenación más amplia, en la que, al final, el dios-oráculo, ante los reproches de Creso, explica por boca de Pitia las razones que le han movido a actuar así.

Si Creso es realmente un hombre temeroso de Dios, puede salvarse; si no lo es, los dioses no desdeñarán las ofrendas del más distinguido oponente: illo que hagan o lo dejen de hacer en cualquier caso es bueno!

Cuando se pregunta quién es verdaderamente *olbios* (feliz, afortunado) y, al mismo tiempo, verdaderamente grato a los dioses, se da aquí una respuesta que a primera vista también se aplica a Creso antes de que le llegue la desgracia: el que observa la regla de una vida llevada "religiosamente" y se comporta ritualmente de tal manera que se sabe ganar a los dioses mediante donaciones o hace siempre los sacrificios adecuados en el momento oportuno.

Por otro lado, vemos que Heródoto, refiriéndose a Solón, el filósofo prototipo, argumenta como un antiguo filósofo de la religión con una crítica a la religión: *Olbios* no es el que se atiene a los rituales, sino el que se ha convertido en *philosophos* al distanciarse, en aras de la *theoría*, de todo lo que antes se recomendaba en nombre de la religión para poder llevar una vida verdadera.

Qué palabra utiliza Heródoto para "religión"

Pero surge inmediatamente una pregunta: ¿qué palabra y qué significados se utilizan para referirse a la religión en Heródoto y en la historia griega? ¿Realmente se contraponen religión y filosofía en este contexto de forma irreconciliable, o siguen teniendo algo en común?

Heródoto utiliza una palabra para "religión" que no tiene nada que ver con "religio" y su significado: *theosebea* (*Historias*, I, 86), 'temor de Dios'. Y de lo que se trata por parte de la religión rechazada por Heródoto y, a través de su figura de identificación Solón y finalmente también por Creso, así como por parte de la filosofía, es del destino: *moira* es la palabra o *Moiras* su nombre.

Theosebea: ¿qué significa esta palabra *sebas*, 'temor, respeto'? Kerényi (*La religión de griegos y romanos*, 1963) ha demostrado que *sebas* (también *aidos*,

'vergüenza') pertenece al ámbito del mirar y del ver, con el que la palabra *religio* no tiene nada que ver. Ya en la *Ilíada* y la *Odisea*, *sebas* es una palabra central y al mismo tiempo oscilante. Todo tipo de cosas pueden despertar *sebas*: el cadáver de Patroclo, los pechos de Hécuba, la belleza de Nausícaa.

Lo que despierta la timidez obliga a retroceder un poco. *Sebein*, 'retroceder tímidamente', está directamente relacionado con *sobein*, 'ahuyentar': lo que hace retroceder tímidamente también ahuyenta. Esta palabra expresa una fobia al acercamiento: denota el aspecto de lo que la *θεωρία* (*theōría*) convierte en positivo con su imperativo categórico de alejarse lo más posible de todo lo que pueda provocar afecto. *Theōría* es una palabra que originariamente pertenecía también a la esfera del mirar.

Qué significa *Moirá*

En la mitología griega, las Moiras (*Μοῖραι* *Moírai* 'repartidoras') eran las personificaciones del destino. Sus equivalentes en la mitología romana eran las Parcas o Fatae, las Laimas en la mitología báltica y las Nornas en la nórdica. Vestidas con túnicas blancas y de semblante imperturbable, su número terminó fijándose en tres.

La palabra griega *moira* (*μοῖρα*) significa indistintamente 'destino', 'parte', 'lote' o 'porción', en referencia a su función de repartir a cada mortal la parte de existencia y de obras que le corresponden en el devenir del cosmos. Controlaban el metafórico hilo de la vida de cada ser humano desde el nacimiento hasta la muerte, y aún después en el Hades.

En sus *Conferencias y ensayos* (1954) Heidegger publica un fragmento titulado "Moirá" y utiliza este término como palabra clave para lo que él llama el "destino del ser" en sentido de "providencia" o "gracia". Pero en la literatura griega en ninguna parte aparece este sentido transfigurado para la palabra *Moirá*. Basta echar una ojeada a la *Ilíada*: allí se registran las conmociones en el rostro de los asesinados; y los héroes se echan a llorar sin freno cuando piensan que a ellos podría ocurrirles lo mismo.

Creso, después de haber sido liberado por Apolo de morir calcinado, pidió a Ciro que le permitiera enviar sus grilletes a Delfos para reprochar al dios allí venerado sus engañosas profecías, que le habían hecho caer en manos de los persas. Creso le pregunta a Apolo si es habitual que los "dioses griegos" sean desagradecidos y engañen.

La respuesta que recibe de la Pitia no se limita al hecho de que a todos los seres humanos les toca enfrentarse al destino: le asegura que ni siquiera los dioses se encuentran en una posición feliz o envidiable frente al destino, porque no están por encima de él, sino que son meros funcionarios del mismo.

La *dýnamis*, el "poder" que tiene un dios y que va más allá de lo que hace actualmente (va más allá de su *energeia*), corre siempre el peligro de convertirse en algo abstracto y resultar impotente. En la lógica clásica, esto se puede ver en el hecho de que *potentia* –palabra mítica, que resuena con la esfera animal

y que, como *dýnamis*, significa 'poder y 'potencia', se desnaturaliza adquiriendo el significado de 'posibilidad'.

Según las primeras concepciones de los griegos, depende exclusivamente de la *moira* que la *dýnamis* de los dioses pueda actualizarse o no. No se exige a nadie que crea en los dioses o que les rinda culto: la *sebas*, el temor y respeto, no debe mostrarse a ningún emisario especial o funcionario del destino, sino al destino mismo (como exige el filósofo en su crítica de la religión).

La Pitia dice que es imposible que el dios (allí la palabra *theo* aparece sin adición = pluraletantum: el colectivo de los dioses) huya del *prepomenen moiran*: την πεπρωμένην μοίραν αδύνατα εστί αποφυγείν και θεώ (Heródoto: ιστορίαι historíai, I, 91). La Moira es, pues, la invocación del destino. Cuando se la imagina como figura, es con el rostro velado. La venda que Iustitia que lleva ante los ojos sigue demostrando que es la diosa del destino.

La balanza es también un artefacto del destino. En las epopeyas más antiguas, Zeus empleaba la balanza para realizar una función que se le atribuía como especialidad: el poder contestar a la pregunta que se le dirigía sobre si quería que una persona muriera o se salvara.

Incluso Zeus, que sopesa de este modo el destino de una persona, no puede hacer más que predecir un proceso del que no sabe nada y comunicar su resultado: también él, por tanto, está ya *sujeto* al destino.

En toda la Grecia antigua (en Homero, en Parménides, en Heródoto, en Platón) encontramos la confirmación de que el destino, cuando se describe de forma abstracta, e inequívocamente cuando se personifica, tiene rasgos femeninos. Detrás de tales construcciones se encuentran obviamente diosas del destino: las *Moiras*. En la *Ilíada* de Homero se habla generalmente de "la Moira", que hila la hebra de la vida para los hombres en su nacimiento (μοῖρα κραταιή, *moíra krataíé*: 'poderosa Moira')

Es probablemente el momento más impresionante del retorno de lo reprimido en los intentos de aquella época por construir y fijar sistemáticamente las nociones de dioses y hombres, del mundo de los dioses y del mundo de los hombres. Sabemos que las mujeres griegas estuvieron oprimidas en términos reales durante siglos y, con pocas excepciones, obligadas a una vida de esclavas.

El retorno de lo reprimido en todos los niveles de la sociedad patriarcal griega se manifiesta en el hecho de que el destino sea elevado al poder y representado en la forma de las *Moiras*: es decir, que la feminidad, reprimida en las autorrepresentaciones patriarcales, retorne en forma de destino.

En la tardía crítica y desilusión filosófica, los dioses no son sólo funcionarios del destino. Los más importantes dioses masculinos, que parecen haber desplazado con éxito a la Gran Diosa y sus personificaciones, siguen dependiendo de su culto. No es casualidad que Apolo profiera sus oráculos por boca de Pitia.

Se trata de un ejemplo drástico de represión y de retorno de lo reprimido. El santuario de *Ge protomantis*, la Gran Madre "Tierra", que no sólo es la "más

antigua" sino, según su rango, la "principal adivina", ha sido usurpado por Apolo. Pero sigue dependiendo de su sacerdotisa para proferir los oráculos.

Heráclito sobre Apolo Loxias

Heráclito estaba especialmente indignado por ello. Se pone del lado de Apolo contra su Sibila, que parlotea con "boca frenética" sobre todo tipo de cosas que no importan en absoluto, porque el *anax*, el "Señor", a quien pertenece Delfos, *oute legei*, "ni habla" (no necesita hacerlo), *oute kryptai*, "ni oculta", *alla semainei*, "sino que significa". Lo que Apolo quería decir en realidad queda claro en uno de sus epítetos: es el Loxias, el "torcido" y "encorvado", que habla a través de oráculos que eran famosos y notorios por su ambigüedad. En Heródoto señala con un circunloquio casi conmovedor el pequeño margen de que disponía y en el que, sin embargo, hizo lo que le fue posible.

Para Heráclito, este Apolo Loxias expresa algo muy distinto: una "armonía contraria", pero que no podría producirse en la tierra. Por lo tanto, para el filósofo Apolo, "la armonía visible, que, si pudiera producirse, sólo se vería constantemente amenazada, carece de importancia".

De ahí la fórmula de Heráclito: *harmonie aphanes phaneres kreitton*, "la armonía invisible es más poderosa que la visible". Y esta "invisible" es ahora la "armonía contraria": armonía *palintropos*, "como la del arco y la lira".

Con estos dos accesorios aparece Apolo: como el dios de la peste, que trae la muerte con sus flechas; como el director y guía de las Musas, suave y gentil. Ambas facetas pertenecen al mismo dios. Apolo, el dios de los filósofos, representa así la doctrina de la salvación, es decir, la filosofía: llevar una vida más allá de la esperanza y la decepción, vivir como si ya se estuviera muerto.

Creso reconoce que Apolo, el dios de los filósofos, tenía razón

Al final, Creso, como filósofo, se da cuenta de que Apolo, este dios funcionario del destino, tenía razón: no puede desentenderse de su actuación; pero el que teoriza *heineken*, "por la teoría", ya no es el que actúa y, por tanto, ya no es sólo un funcionario del destino.

Con una visión distanciada de su destino, Creso se da cuenta de que todo lo que le había llevado a su desgracia había sido su propia *hamartas*, su propia "transgresión" y no la del dios.

Mientras que *moira* se refiere a la autoridad que da el destino, la palabra con signo negativo, que al igual que *moira* está relacionada con *meros*, 'parte', significa aquello que, aunque uno estaba convencido de lo contrario, "uno no dio en ello".

Hamartas es, pues, un término para la falta de perspicacia en lo que no le había caído a uno, es decir, para la presunción de que precisamente esto le había caído a uno. Creso había supuesto erróneamente que la felicidad le había llegado a través de las cosas a las que estaba codiciosamente apegado. Que en este punto no puede haber culpa por parte del dios y que éste es precisamente el límite del

dios: esto es lo que, al final, Crespo comprende y reconoce.» [Heinrich, o. c., p. 50 ss]



Hamartia (griego ἀμαρτία) es un término usado en la Poética de Aristóteles, que se traduce usualmente como 'error trágico', 'error fatal', defecto, fallo o pecado. Es el error fatal en que incurre el "héroe trágico" que intenta "hacer lo correcto" en una situación en la que lo correcto, simplemente, no es posible.

La palabra griega *hamartía* tiene sus raíces en la noción de errar el tiro, no dar en el blanco (*hamartanein*) e incluye un amplio espectro de significados, desde el accidente hasta el error, así como el dolor o el pecado. Incluso un accidente puede ser considerado una traducción apropiada de *hamartia*, puesto que "en ambos casos uno puede no dar en el blanco".

En la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles describe hamartia como una de las tres clases de ofensas que un hombre puede infligir a otro.

Hamartia es una ofensa cometida por ignorancia (cuando la persona afectada o el resultado no son lo que el agente suponía que eran).

Esto implica que el personaje incurre en un error fatal basándose en un autoconocimiento incompleto. Por ejemplo, la hamartia de Edipo fue matar a su padre porque, aunque sabía que estaba perpetrando un asesinato, ignoraba que el hombre era un rey y su padre. Él "erró el tiro" en el asesinato, porque pretendía matar a un extraño y mató a alguien con quien estaba íntimamente ligado.

LA FILOSOFÍA COMO CRÍTICA A LA RELIGIÓN

«La filosofía se presenta como crítica a la religión. Y nos preguntamos qué significan en ella la felicidad y la "dicha". Heródoto pone en boca de Solón la palabra *eudaimonía*, eudemonía (εὐδαιμονία *eudaimonía* 'dicha, felicidad') es el estado de satisfacción debido generalmente a la situación de uno mismo en la vida.

Es la misma pregunta a la que se responde en la religión mediante una determinada forma de comportamiento ritual ante los dioses: ante la misma amenaza para la que se utiliza la palabra "destino".

La cuestión de la felicidad frente a las amenazas fundamentales es tratada tanto por la religión como por la filosofía, aunque en direcciones diferentes, es decir, se mueven en la misma esfera. No se trata de que la filosofía ataque cualquier forma de creencia en dioses. [...]

La filosofía de la religión aspira a una corrección que tome en serio lo que ha sido reprimido desde el principio por la filosofía al convertirse en una forma de doctrina privada de salvación: las experiencias registradas en las religiones que marcan las grandes conmociones y cesuras de la historia del género, y por tanto una dimensión que no ha perdido nada de su fuerza vinculante colectiva incluso cuando ya no se designa con la palabra "religión".» [Heinrich, o. c., p. 57 ss]

LA HISTORIA DE CRESO Y SOLÓN RELATADA POR HERÓDOTO

Heródoto: *Los nueve libros de la historia* – Libro I: Clío, XXVIII ss.

[https://es.wikisource.org/wiki/Los nueve libros de la historia/Libro I](https://es.wikisource.org/wiki/Los_nueve_libros_de_la_historia/Libro_I)

XXVIII

Todas las naciones que moran más acá del río Halis, fueron conquistadas por Creso y sometidas a su gobierno, a excepción de los Cílices y de los licios.

XXIX

Como la corte de Sardes se hallase después de tantas conquistas en la mayor opulencia y esplendor, todos los varones sabios que a la sazón vivían en Grecia emprendían sus viajes para visitarla en el tiempo que más convenía a cada uno. Entre todos ellos, el más célebre fue el ateniense Solón; el cual, después de haber compuesto un código de leyes por orden de sus ciudadanos, so color de navegar y recorrer diversos países, se ausentó de su patria por diez años.

Pero en realidad fue por no tener que abrogar ninguna ley de las que dejaba establecidas, puesto que los atenienses, obligados con los más solemnes juramentos a la observancia de todas las que les había dado Solón, no se consideraban en estado de poder revocar ninguna por sí mismos.

XXX

Estos motivos y el deseo de contemplar y ver mundo, hicieron que Solón se partiese de su patria y fuese a visitar al rey Amasis en Egipto, y al rey Creso en Sardes. Este último le hospedó en su palacio, y al tercer o cuarto día de su llegada **dio orden a los cortesanos para que mostrasen al nuevo huésped todas las riquezas y preciosidades que se encontraban en su tesoro.**

Luego que todas las hubo visto y observado prolijamente por el tiempo que quiso, le dirigió Creso este discurso: –**“ateniense, a quien de veras aprecio, y cuyo nombre ilustre tengo bien conocido por la fama de la sabiduría y ciencia política, y por lo mucho que has visto y observado con la mayor diligencia, respóndeme, caro Solón, a la pregunta que voy a dirigirte. Entre tantos hombres, ¿has visto alguno hasta ahora completamente dichoso?”**

Creso hacía esta pregunta porque se creía el más afortunado del mundo. Pero Solón, enemigo de la lisonja, y que solamente conocía el lenguaje de la verdad, le respondió: –**“Sí, señor, he visto a un hombre feliz en Tello el ateniense.”**

Admirado el rey, insta de nuevo. –**“¿Y por qué motivo juzgas a Tello el más venturoso de todos?”** –Por dos razones, señor, le responde Solón; la una, porque floreciendo su patria, vio prosperar a sus hijos, todos hombres de bien, y crecer a sus nietos en medio de la más risueña perspectiva; y la otra, porque gozando en el mundo de una dicha envidiable, le cupo la muerte más gloriosa, cuando en la batalla de Eleusina, que dieron los atenienses contra los fronterizos, ayudando a los suyos y poniendo en fuga a los enemigos, murió en el lecho del honor con las armas victoriosas en la mano, mereciendo que la patria le distinguiese con una sepultura pública en el mismo sitio en que había muerto.”

XXXI

Excitada la curiosidad de Creso por este discurso de Solón, le preguntó nuevamente a quién consideraba después de Tello el segundo entre los felices, no dudando que al menos este lugar le sería adjudicado. Pero Solón le respondió: –“A dos argivos, llamados Cleobis y Biton. Ambos gozaban en su patria una decente medianía, y eran además hombres robustos y valientes, que habían obtenido coronas en los juegos y fiestas públicas de los atletas. También se refiere de ellos, que como en una fiesta que los argivos hacían a Juno fuese ceremonia legítima el que su madre hubiese de ser llevada al templo en un carro tirado de bueyes, y éstos no hubiesen llegado del campo a la hora precisa, los dos mancebos, no pudiendo esperar más, pusieron bajo del yugo sus mismos cuellos, y arrastraron el carro en que su madre venía sentada, por el espacio de cuarenta y cinco estadios, hasta que llegaron al templo con ella. Habiendo dado al pueblo que a la fiesta concurría este tierno espectáculo, les sobrevino el término de su carrera del modo más apetecible y más digno de envidia; queriendo mostrar en ellos el cielo que a los hombres a veces les conviene más morir que vivir. Porque como los ciudadanos de Argos, rodeando a los dos jóvenes celebrasen encarecidamente su resolución, y las ciudadanas llamasen dichosa la madre que les había dado el ser, ella muy complacida por aquel ejemplo de piedad filial, y muy ufana con los aplausos, pidió a la diosa Juno delante de su estatua que se dignase conceder a sus hijos Cleobis y Biton, en premio de haberla honrado tanto, la mayor gracia que ningún mortal hubiese jamás recibido. Hecha esta súplica, asistieron los dos al sacrificio y al espléndido banquete, y después se fueron a dormir en el mismo lugar sagrado, donde les cogió un sueño tan profundo que nunca más despertaron de él. Los argivos honraron su memoria y dedicaron sus retratos en Delfos considerándolos como a unos varones esclarecidos.»

XXXII

A estos daba Solón el segundo lugar entre los felices; oyendo lo cual Creso, exclamó conmovido: –«¿Conque apreciáis en tan poco, amigo ateniense, la prosperidad que disfruto, que ni siquiera me contáis por feliz al lado de esos hombres vulgares?» –«¿Y a mí, replicó Solón, me hacéis esa pregunta, a mí, que sé muy bien cuán envidiosa es la fortuna, y cuán amiga es de trastornar los hombres? Al cabo de largo tiempo puede suceder fácilmente que uno vea lo que no quisiera, y sufra lo que no temía.

Supongamos setenta años el término de la vida humana. La suma de sus días será de veinticinco mil y doscientos, sin entrar en ella ningún mes intercalar. Pero si uno quiere añadir un mes cada dos años, con la mira de que las estaciones vengan a su debido tiempo, resultarán treinta y cinco meses intercalares, y por ellos mil y cincuenta días más. Pues en todos estos días de que constan los setenta años, y que ascienden al número de veintiséis mil doscientos y cincuenta, no se hallará uno solo que por la identidad de sucesos sea enteramente parecido a otro.

La vida del hombre ¡oh Creso! es una serie de calamidades. En el día sois un monarca poderoso y rico, a quien obedecen muchos pueblos; pero no me atrevo

a daros aún ese nombre que ambicionáis, hasta que no sepa cómo habéis terminado el curso de vuestra vida.

Un hombre por ser muy rico no es más feliz que otro que sólo cuenta con la subsistencia diaria, **si la fortuna no le concede disfrutar hasta el fin de su primera dicha**. ¿Y cuántos infelices vemos entre los hombres opulentos, al paso que muchos con un moderado patrimonio gozan de la felicidad?

El que siendo muy rico es infeliz, en dos cosas aventaja solamente al que es feliz, pero no rico. Puede, en primer lugar, satisfacer todos sus antojos; y en segundo, tiene recursos para hacer frente a los contratiempos.

Pero el otro le aventaja en muchas cosas; pues además de que su fortuna le preserva de aquellos males, disfruta de buena salud, no sabe qué son trabajos, tiene hijos honrados en quienes se goza, y se halla dotado de una hermosa presencia. Si a esto se añade que termine bien su carrera, ved aquí el hombre feliz que buscáis; **pero antes que uno llegue al fin, conviene suspender el juicio y no llamarle feliz. Désele, entretanto, si se quiere, el nombre de afortunado**.

Pero es imposible que ningún mortal reúna todos estos bienes; porque, así como ningún país produce cuanto necesita, abundando de unas cosas y careciendo de otras, y teniéndose por mejor aquel que da más de su cosecha, del mismo modo no hay hombre alguno que de todo lo bueno se halla provisto; y cualquiera que constantemente hubiese reunido mayor parte de aquellos bienes, si después lograre una muerte plácida y agradable, éste, señor, es para mí quien merece con justicia el nombre de dichoso.

En suma, es menester contar siempre con el fin; pues hemos visto frecuentemente desmoronarse la fortuna de los hombres a quienes Dios había ensalzado más.»

XXXIII

Este discurso, sin mezcla de adulación ni de cortesanos miramientos, desagradó a Creso, el cual despidió a Solón, teniéndolo por un ignorante que, sin hacer caso de los bienes presentes, fijaba la felicidad en el término de las cosas.

XXXIV

Después de la partida de Solón, **la venganza del cielo se dejó sentir sobre Creso**, en castigo, a lo que parece, de su orgullo por haberse creído el más dichoso de los mortales. Durmiendo una noche le asaltó un sueño en que se lo presentaron las desgracias que amenazaban a su hijo.

De dos que tenía, el uno era sordo y lisiado; y el otro, llamado Atis, el más sobresaliente de los jóvenes de su edad. Este perecería traspasado con una punta de hierro si el sueño se verificaba.

Cuando Creso despertó se puso lleno de horror a meditar sobre él, y desde luego hizo casar a su hijo y no volvió a encargarle el mando de sus tropas, a pesar de que antes era el que solía conducir los lidios al combate; ordenando además que los dardos, lanzas y cuantas armas sirven para la guerra, se retirasen de las habitaciones destinadas a los hombres, y se llevasen a los cuartos de las

mujeres, no fuese que permaneciendo allí colgadas pudiese alguna caer sobre su hijo.

XXXV

Mientras Creso disponía las bodas, llegó a Sardes un frigio de sangre real, que había tenido la desgracia de ensangrentar sus manos con un homicidio involuntario. Puesto en la presencia del rey, le pidió se dignase purificarle de aquella mancha, lo que ejecutó Creso según los ritos del país, que en esta clase de expansiones son muy parecidos a los de la Grecia.

Concluida la ceremonia, y deseoso de saber quién era y de donde venía, le habló así: —«¿Quién eres, desgraciado? ¿de qué parte de Frigia vienes? ¿y a qué hombre o mujer has quitado la vida? —Soy, respondió el extranjero, hijo de Midas, y nieto de Gordió: me llamo Adrasto; maté sin querer a un hermano mío, y arrojado de la casi paterna, falto de todo auxilio, vengo a refugiarme a la vuestra. —Bien venido seas, le dijo Creso, pues eres de una familia amiga, y aquí nada te faltará. Sufre la calamidad con buen ánimo, y te será más llevadera.» Adrasto se quedó hospedado en el palacio de Creso.

XXXVI

Por el mismo tiempo **un jabalí enorme del monte Olimpo devastaba los campos de los Mysios**; los cuales, tratando de perseguirlo en vez de causarle daño, lo recibían de él nuevamente. Por último, enviaron sus diputados a Creso, rogándolo que los diese al príncipe su hijo con algunos mozos escogidos y perros de caza para matar aquella fiera.

Creso, renovando la memoria del sueño, les respondió: —«Con mi hijo no contéis, porque es novio y no quiero distraerle de los cuidados que ahora lo ocupan; os daré, sí, todos mis cazadores con sus perros, encargándoles hagan con vosotros los mayores esfuerzos para ahuyentar de vuestro país el formidable jabalí.»

XXXVII

Poco satisfechos quedaran los Mysios con esta respuesta, cuándo llegó el hijo de Creso, e informado de todo, habló a su padre en estos términos: —«En otro tiempo, padre mío, la guerra y la caza me presentaban honrosas y brillantes ocasiones donde acreditar mi valor; pero ahora me tenéis separado de ambos ejercicios, sin haber dado yo muestras de flojedad ni de cobardía. ¿Con qué cara me dejaré ver en la corte de aquí en adelante al ir y volver del foro y de las concurrencias públicas? ¿En qué concepto me tendrán los ciudadanos? ¿Qué pensará de mí la esposa con quien acabo de unir mi destino? Permitidme pues, que asista a la caza proyectada, o decidme por qué razón no me conviene ir a ella.»

XXXVIII

—«Yo, hijo mío, respondió Creso, no he tomado estas medidas por haber visto en ti cobardía, ni otra cosa que pudiese desagradarme. Un sueño me anuncia que morirás en breve traspasado por una punta de hierro. Por esto aceleré tus bodas, y no te permito ahora ir a la caza por ver si logro, mientras viva, libertarte

de aquel funesto presagio. No tengo más hijo que tú, pues el otro, sordo y estropeado, es como si no le tuviera.»

XXXIX

–«Es justo, replicó el joven, que se os disimule vuestro temor y la custodia en que me habéis tenido después de un sueño tan aciago; mas, permitidme, señor, que os interprete la visión, ya que parece no la habéis comprendido. Si me amenaza una punta de hierro, ¿qué puedo temer de los dientes y garras de un jabalí? Y puesto que no vamos a lidiar con hombres, no pongáis obstáculo a mi macha.»

XL

–«Veo, dijo Creso, que me aventajas en la inteligencia de los sueños. Convencido de tus razones, mudo de dictamen y te doy permiso para que vayas a caza.»

XLI

En seguida llamó a Adrasto, y le dijo: –«No pretendo, amigo mío, echarte en cara tu desventura: bien sé que no eres ingrato. Recuérdote solamente que me debes tu expiación, y que hospedado en mi palacio te proveo de cuanto necesitas. Ahora en cambio exijo de ti que te encargues de la custodia de mi hijo en esta cacería, no sea que en el camino salgan ladrones a dañaros. A ti, además, te conviene una expedición en que podrás acreditar el valor heredado de tus mayores y la fuerza de tu brazo.»

XLII

–«Nunca, señor, respondió Adrasto, entraría de buen grado en esta que pudiendo llamarse partida de diversión desdice del miserable estado en que me veo, y por eso heme abstenido hasta de frecuentar la sociedad de los jóvenes afortunados; pero agradecido a vuestros beneficios, y debiendo corresponder a ellos, estoy pronto a ejecutar lo que me mandáis, y quedad seguro que desempeñaré con todo esmero la custodia de vuestro hijo, para que torne sano y salvo a vuestra casa.»

XLIII

Dichas estas palabras, parten los jóvenes, acompañados de una tropa escogida y provistos de perros de caza. Llegados a las sierras del Olimpo, buscan la fiera, la levantan y rodean, y disparan contra ella una lluvia de dardos.

En medio de la confusión, quiere la fortuna ciega que el huésped purificado por Creso de su homicidio, el desgraciado Adrasto, disparando un dardo contra el jabalí, en vez de dar en la fiera, dé en el hijo mismo de su bienhechor, en el príncipe infeliz que, traspasado con aquella punta, cumple muriendo la predicción del sueño de su padre. Al momento despachan un correo para Creso con la nueva de lo acaecido, el cual, llegado a Sardes, da cuenta del choque y **de la infausta muerte de su hijo.**

XLIV

Túrbase Creso al oír la noticia, y se lamenta particularmente de que haya sido el matador de su hijo aquel cuyo homicidio había él expiado. En el arrebatado de

su dolor invoca al dios de la expiación, al dios de la hospitalidad, al dios que preside a las íntimas amistades, nombrando con estos títulos a Júpiter, y poniéndole por testigo de la paga atroz que recibe de aquel cuyas manos ensangrentadas ha purificado, a quien ha recibido como huésped bajo su mismo techo, y que, escogido para compañero y custodio de su hijo, se había mostrado su mayor enemigo.

XLV

Después de estos lamentos llegan los lidios con el cadáver, y detrás el matador, el cual, puesto delante de Creso, lo insta con las manos extendidas para que lo sacrifique sobre el cuerpo de su hijo, renovando la memoria de su primera desventura, y diciendo que ya no debe vivir, después de haber dado la muerte a su mismo expiador.

Pero Creso, a pesar del sentimiento y luto doméstico que le aflige, se compadece de Adrasto y le habla en estos términos: –«Ya tengo, amigo, toda la venganza y desagravio que pudiera desear, en el hecho de ofrecerte a morir tú mismo. Pero ¡ah! no es tuya la culpa, sino del destino, y quizá de la deidad misma que me pronosticó en el sueño lo que había de suceder.» Creso hizo los funerales de su hijo con la pompa correspondiente; y el infeliz hijo de Midas y nieto de Gordio, el homicida involuntario de su hermano y del hijo de su expiador, el fugitivo Adrasto, cuando vio quieto y solitario el lugar del sepulcro, condenándose a sí mismo por el más desdichado de los hombres, se degolló sobre el túmulo con sus propias manos.

XLVI

Creso, tras perder a su hijo, llevó luto dos años, al cabo de los cuales, viendo que el imperio de Astiages, hijo de Ciaxares, había sido destruido por Ciro, hijo de Cambises, y que el poder de los persas aumentaba de día en día, suspendió su llanto y se puso a pensar cómo acabar con la dominación persa antes de que fuera a más.

Con esta idea, queriendo comprobar la veracidad de los oráculos, tanto de Grecia como de Libia, envió varios comisionados a Delfos y Abas, en Focia, a Dodona, y también a los oráculos de Anfiarao y de Trofonio, y al que hay en Branchidas, en el territorio de Mileto, todos éstos en Grecia, y asimismo envió una embajada al templo de Ammon en Libia. Su intención era contrastar lo que cada oráculo respondía, y si coincidían, consultarles después si debía emprender la guerra contra los persas.

XLVII

Antes de marchar, dio a sus comisionados estas instrucciones: que contasen bien los días, desde que saliesen de Sardes y a los 100 días consultasen el oráculo en estos términos: «¿En qué se está ocupando en este momento el rey de los lidios, Creso, hijo de Aliates?» y que le trajesen la respuesta de cada oráculo por escrito.

No sabemos lo que respondieron los demás oráculos, pero en Delfos, tras entrar los lidios en el templo y preguntar lo que se les había mandado, respondió la Pitia con estos versos:

*Sé del mar la medida, y de su arena
el número contar. No hay sordo alguno
a quien no entienda; y oigo al que no habla.
Percibo el olor que despide
la tortuga cocida en vasija
de bronce, con la carne de cordero,
con bronce abajo y bronce arriba.*

XLVIII

Los lidios, tomando estos versos de la boca profética de la Pitia, los pusieron por escrito, y volvieron a Sardes. Mientras tanto iban llegando las respuestas de los otros oráculos, ninguna de las cuales satisfizo a Creso. Pero cuando llegó la de Delfos, la recibió con veneración, convencido de que sólo allí residía una divinidad verdadera, pues nadie más había dado con la verdad: había ideado algo difícil de adivinar para el día convenido, en concreto trocear una tortuga y un cordero, que se puso a cocer en una vasija de bronce, que tenía una tapa del mismo metal.

XLIX

Esta ocupación era conforme a la respuesta de Delfos. La que dio el oráculo de Anfiarao a los lidios que la consultaron sin faltar a ninguna de las ceremonias usadas en aquel templo, no puedo decir cuál fuera; y solo se refiere que por ella quedó persuadido Creso de que también aquel oráculo gozaba del don de profecía.

L

Después de esto procuró Creso ganarse el favor de la deidad que reside en Delfos, a fuerza de grandes sacrificios, pues por una parte subieron hasta el número de tres mil las víctimas escogidas que allí ofreció, y por otra mandó levantar una grande pira de lechos dorados y plateados, de tazas de oro, de vestidos y túnicas de púrpura, y después la pegó fuego; ordenando también a todos los lidios que cada uno se esmerase en sus sacrificios cuanto les fuera posible.

LI

Fabricados estos dones, envió Creso juntamente con ellos otros regalos.

LII

Informado Creso del valor de Anfiarao y de su desastrado fin, le ofreció un escudo, todo él de oro puro, y juntamente una lanza de oro macizo, con el asta del mismo metal.

LIII

Los lidios encargados de llevar a los templos estos dones, recibieron orden de Creso para hacer a los oráculos la siguiente pregunta:

«Creso, monarca de los lidios y de otras naciones, bien seguro de que son solos vuestros oráculos los que hay en el mundo verídicos, os ofrece estas dádivas,

debidas a vuestra divinidad y numen profético, y os pregunta de nuevo, si será bien emprender la guerra contra los persas, y juntar para ella algún ejército confederado.»

Ambos oráculos convinieron en una misma respuesta, que fue la de pronosticar a Creso, que si movía sus tropas contra los persas acabaría con un grande imperio; y le aconsejaron, que informado primero de cuál pueblo entre los griegos fuese el más poderoso, hiciese con él un tratado de alianza.

LIV

Sobremanera contento Creso con la respuesta, y envanecido con la esperanza de arruinar el imperio de Ciro, envió nuevos diputados a la ciudad de Delfos, y averiguado el número de sus moradores, regaló a cada uno dos monedas de oro.

LV

Por tercera vez consultó Creso al oráculo, por hallarse bien persuadido de su veracidad. La pregunta estaba reducida a saber si sería largo su reinado, a la cual respondió la Pithia de este modo: "Cuando el rey de los medos fuere un mulo, huye entonces al Hernio pedregoso, Oh lidio delicado; y no te quedes a mostrarte cobarde y sin vergüenza.

LVI

Cuando estos versos llegaron a noticia de Creso, holgóse más con ellos que con los otros, persuadido de que nunca por un hombre reinaría entre los medos un mulo, y que por lo mismo ni él ni sus descendientes dejarían jamás de mantenerse en el trono. Pasa después a averiguar con mucho esmero quiénes de entre los griegos fuesen los más poderosos, a fin de hacerlos sus amigos, y por los informes halló que sobresalían particularmente los lacedemonios y los atenienses, aquellos entre los dorios, y estos entre los jonios.

LVII

Por las conjeturas que nos dan todos estos pueblos, podremos decir que los pelasgos debían hablar algún lenguaje bárbaro, y que la gente Ática, siendo Pelasga, al incorporarse con los Helenos, debió de aprender la lengua de éstos, abandonando la suya propia. Lo cierto es que ni los de Crestona, ni los de Placia (ciudades que hablan entre sí una misma lengua), la tienen común con ninguno de aquellos pueblos que son ahora sus vecinos, de donde se infiere que conservan el carácter mismo de la lengua que consigo trajeron cuando se fugaron en aquellas regiones.

LVIII

Por el contrario, la nación Helénica, a mi parecer, habla siempre desde su origen el mismo idioma. Débil y separada de la Pelásgica, empezó a crecer de pequeños principios, y vino a formar un grande cuerpo, compuesto de muchas gentes, mayormente cuando se le fueron allegando y uniendo en gran número otras bárbaras naciones, y de aquí dimanó, según yo imagino, que la nación de los pelasgos, que era una de las bárbaras, nunca pudiese hacer grandes progresos.

LIX

De estas dos naciones oía decir Creso que el Ática se hallaba oprimida por Pisístrato, que a la sazón era señor o tirano de los atenienses. [...]

LXV

Este era el estado en que supo Creso que entonces se hallaban los atenienses. [...]

LXXI

Creso, deslumbrado con el oráculo y creyendo acabar en breve con Ciro y con el imperio de los persas, preparaba una expedición contra Capadocia. Al mismo tiempo cierto lidio llamado Sándamis, respetado ya por su sabiduría y circunspección, y célebre después entre los lidios por el consejo que dio a Creso, le habló de esta manera: –«Veo, señor, que preparáis una expedición contra unos hombres que tienen de pieles todo su vestido; que criados en una región áspera, no comen lo que quieren, sino lo que pueden adquirir; y que no beben vino, ni saben el gusto que tienen los higos, ni manjar alguno delicado. Si los venciereis, ¿qué podréis quitar a los que nada poseen? Pero si sois vencido, reflexionad lo mucho que tenéis que perder. Yo temo que, si llegan una vez a gustar de nuestras delicias, les tomarán tal afición, que no podremos después ahuyentarlos. Por mi parte, doy gracias a los dioses de que no hayan inspirado a los persas el pensamiento de venir contra los lidios.» Este discurso no hizo impresión alguna en el ánimo de Creso, a pesar de la exactitud con que pintaba el estado de los persas, los cuales antes de la conquista de los lidios ignoraban toda especie de comodidad y regalo. [...]

LXXIII

Marchó Creso contra la Capadocia deseoso de añadir a sus dominios aquel feraz terreno, y más todavía de vengarse de Ciro, confiado en las promesas del oráculo. Su resentimiento dimanaba de que Ciro tenía prisionero a Astiages, pariente de Creso, después de haberlo vencido en batalla campal. [...]

LXXV

Astiages, como he dicho, fue a quien Ciro venció, y por más que era su abuelo materno, le tuvo prisionero por los motivos que significaré después a su tiempo y lugar. Irritado Creso contra el proceder de Ciro, envió primero a saber de los oráculos si sería bien emprender la guerra contra los persas; y persuadido de que la respuesta capciosa que le dieron era favorable a sus intentos, emprendió después aquella expedición contra una provincia persiana.

Luego que llegó Creso al río Halis, pasó su ejército por los puentes.

LXXVI

Habiendo Creso pasado el Halis con sus tropas, llegó a una comarca de Capadocia llamada Pteria. Entretanto, Ciro, habiendo reunido sus fuerzas y tomado después todas las tropas de las provincias intermedias, venía marchando contra Creso; y antes de emprender género alguno de ofensa, envió sus heraldos a los jonios para ver si los podría separar de la obediencia del monarca lidio; en

lo cual no quisieron ellos consentir. Marchó entonces contra el enemigo, y provocándose mutuamente luego que llegaron a verse, embistiéronse en Pteria los dos ejércitos y se trabó una acción general en la que cayeron muchos de una y otra parte, hasta que por último los separó la noche sin declararse por ninguno la victoria. Tanto fue el valor con que entrambos pelearon.

LXXVII

Creso, poco satisfecho del suyo, por ser el número de sus tropas inferior a las de Ciro viendo que este dejaba de acometerle al día siguiente, determinó volver a Sardes con el designio de llamar a los egipcios, en conformidad del tratado de alianza que había concluido con Amasis, rey de aquel país, aun primero que lo hiciese con los lacedemonios.

Se proponía también hacer venir a los babilonios, de quienes entonces era soberano Labynetos, y con los cuales estaba igualmente confederado, y asimismo pensaba requerirá los lacedemonios, para que estuviesen prontos el día que se les señalase.

LXXVIII

En tanto que Creso tomaba estas medidas, sucedió que todos los arrabales de Sardes se llenaron de serpientes, que los caballos, dejando su pasto, se iban comiendo según aquellas se mostraban. Admirado Creso de este raro portentoso, envió inmediatamente unos diputados a consultar con los adivinos de Telmeso. En efecto, llegaron allá; pero instruidos por los Telmesenses de lo que quería decir aquel prodigio, no tuvieron tiempo de participárselo al rey, pues antes que pudiesen volver de su consulta, ya Creso había sido hecho prisionero. Lo que respondieron los adivinos fue que no tardaría mucho en venir un ejército extranjero contra la tierra de Creso, el cual en llegando sujetaría a los naturales; dando por razón de su dicho que la serpiente era un reptil propio del país, siendo el caballo animal guerrero y advenedizo. Esta fue la interpretación que dieron a Creso, a la sazón ya prisionero, si bien nada sabían ellos entonces de cuanto pasaba en Sardes y con el mismo Creso.

LXXIX

Cuando Ciro vio, después de la batalla de Pteria, que Creso levantaba su campo, y tuvo noticia del ánimo en que se hallaba de despedir las tropas luego que llegase a su capital, tomó acuerdo sobre la situación de las cosas, y halló que lo más útil y acertado sería marchar cuanto antes con todas sus fuerzas a Sardes.

LXXX

Duró por algún tiempo el choque, en que muchos de una y otra parte cayeron, hasta que los lidios, vueltas las espaldas, se vieron precisados a encerrarse dentro de los muros y sufrir el sitio que luego los persas pusieron a la plaza. [...]

LXXXIII

De este modo se hallaban las cosas de los Esparciatas, cuando llegó el mensajero lidio, suplicándoles socorriesen a Creso, ya sitiado. Ellos al punto resolvieron hacerlo; pero cuando se estaban disponiendo para la partida y tenían ya las naves prontas, recibieron la noticia de que, tomada la plaza de Sardes, había

caído Creso vivo en manos de los persas, con lo cual, llenos de consternación, suspendieron sus preparativos. [...]

LXXXV

Por lo que mira a la persona de Creso, sucedió lo siguiente: Tenía, como he dicho ya, un hijo que era mudo, pero hábil para todo lo restante. Con el objeto de curarle había practicado cuantas diligencias estaban a su alcance, y habiendo enviado además a consultar el caso con el oráculo de Delfos, respondió la Pitia: «Oh Creso, rey de Lidia y muchos pueblos, No con ardor pretendas en tu casa, necio, escuchar la voz del hijo amado. Mejor sin ella está; porque si hablare, comenzarán entonces tus desdichas. **Cuando fue tomada la plaza, uno de los persas iba en seguimiento de Creso, a quien no conocía, con intención de matarle; oprimido el rey con el peso de su desventura, no procuraba evitar su destino, importándole poco morir al filo del alfanje. Pero su hijo, viendo al persa en ademán de descargar el golpe, lleno de agitación hace un esfuerzo para hablar, y exclama: –«Hombre, no mates a Creso.»** Esta fue la primera vez que el mudo habló, y después conservó la voz todo el tiempo de su vida.

LXXXVI

Los persas, dueños de Sardes, se apoderaron también de la persona de Creso, que habiendo reinado catorce años y sufrido catorce días de sitio, acabó puntualmente, según el doble sentido del oráculo, con un grande imperio, pero acabó con el suyo.

Ciro, luego que se le presentaron, hizo levantar una grande pira, y mandó que le pusiesen encima de ella cargado de prisiones, y a su lado catorce mancebos lydios, ya fuese con ánimo de sacrificarlo a alguno de los dioses como primicias de su botín, ya para concluir algún voto ofrecido, o quizá habiendo oído decir que Creso era muy religioso, quería probar si alguna deidad le libertaba de ser quemado vivo: **de Creso cuentan que, viéndose sobre la pira, todo el horror de su situación no pudo impedir que le viniese a la memoria el dicho de Solón,** que parecía ser para él un aviso del cielo, de que nadie de los mortales en vida era feliz.

Lo mismo fue asaltarle este pensamiento, que como si volviera de un largo desmayo exclamó por tres veces: –«¡Oh Solón!» con un profundo suspiro. Oyéndolo el rey de Persia, mandó a los intérpretes le preguntasen quién era aquel a quien invocaba. Pero él no desplegó sus labios, hasta que, forzado a responder, dijo: –«**Es aquel que yo deseara tratasen todos los soberanos de la tierra, más bien que poseer inmensos tesoros.**» Y como con estas expresiones vagas no satisficiera a los intérpretes, le volvieron a preguntar, y él, viéndose apretado por las voces y alboroto de los circunstantes, les dijo: **que un tiempo el ateniense Solón había venido a Sardes, y después de haber contemplado toda su opulencia, sin hacer caso de ella le manifestó cuanto le estaba pasando, y le dijo cosas que no sólo interesaban a él sino a todo el género humano, y muy particularmente a aquellos que se consideran felices.**

Entretanto la pira, prendida la llama en sus extremidades, comenzaba a arder; pero Creso luego que oyó a los intérpretes el discurso de Creso, al punto mudó de

resolución, reflexionando ser hombre mortal, y no deber por lo mismo entregar a las llamas a otro hombre, poco antes igual suyo en grandeza y prosperidad. Temió también la venganza divina y la facilidad con que las cosas humanas se mudan y trastornan. Poseído de estas ideas, manda inmediatamente apagar el fuego y bajar a Creso de la hoguera y a los que con él estaban; pero todo en vano, pues por más que lo procuraban, no podían vencer la furia de las llamas.

LXXXVII

Entonces Creso, según refieren los lidios, viendo mudado en su favor el ánimo de Ciro, y a todos los presentes haciendo inútiles esfuerzos para extinguir el incendio, invocó en alta voz al dios Apolo, pidiéndole que, si alguna de sus ofrendas le había sido agradable, le socorriese en aquel apuro y le libertase del desastrado fin que le amenazaba. Apenas hizo llorando esta súplica, cuando a pesar de hallarse el cielo sereno y claro, se aglomeraron de repente nubes, y despidieron una lluvia copiosísima que dejó apagada la hoguera.

Persuadido Ciro por este prodigio de cuán amigo de los dioses era Creso, y cuán bueno su carácter, hizo que le bajasen de la pira, y luego le preguntó: –«Dime, Creso, ¿quién te indujo a emprender una expedición contra mis estados, convirtiéndote de amigo en contrario mío? –Esto lo hice, señor, respondió Creso, impelido de la fortuna, que se te muestra favorable y a mí adversa. De todo tiene la culpa el dios de los griegos, que me alucinó con esperanzas halagüeñas; porque, ¿quién hay tan necio que prefiera sin motivo la guerra a las dulzuras de la paz? En esta los hijos dan sepultura a sus padres, y en aquella son los padres quienes la dan a sus hijos. Pero todo debe haber sucedido porque algún numen así lo quiso.»

LXXXVIII

Libre Creso de prisiones, le mandó Ciro sentar a su lado, y le dio muestras del aprecio que hacía de su persona, mirándole él mismo y los de su comitiva con pasmo y admiración.

En tanto Creso meditaba dentro de sí mismo sin hablar palabra, hasta que, vueltos los ojos a la ciudad de los lidios, y viendo que la estaban saqueando los persas, –«Señor, dijo, quisiera saber si me es permitido hablar todo lo que siento, o si es tu voluntad que calle por ahora.» Ciro le animó para que dijese con libertad cuanto lo ocurría, y entonces Creso le preguntó: –«¿En qué se ocupa con tanta diligencia esa muchedumbre de gente?» Esos, respondió Ciro, están saqueando tu ciudad y repartíéndose tus riquezas. –¡Ah no, replicó Creso, ni la ciudad es mía, ni tampoco los tesoros que se malbaratan en ella! Todo te pertenece ya, y a ti es propiamente a quien se despoja con esas rapiñas.»

LXXXIX

Este discurso hizo mella en el ánimo de Ciro, el cual mandó retirar a los presentes, y consultó después a Creso lo que le parecía deber hacer en semejante caso. «Puesto que los dioses, dijo Creso, me han hecho prisionero y siervo tuyo, considero justo proponerte lo que se me alcanza.

Los persas son insolentes por carácter, y pobres, además. Si los dejas enriquecer con los despojos de la ciudad saqueada, es muy natural que alguno de ellos,

viéndose demasiado rico, se rebeló contra ti. Si te parece bien, coloca guardias en todas las puertas de la ciudad con orden de quitar la presa a los saqueadores, dándoles por razón ser absolutamente necesario ofrecerá Júpiter el diezmo de todos esos bienes. De este modo no incurrirás en el odio de los soldados, los cuales, viendo que obras con rectitud, obedecerán gustosos tu determinación.»

XC

Alegrose Creso de oír tales razones, que le parecieron muy oportunas, las encareció sobremanera, y mandó a sus guardias ejecutasen puntualmente lo que Creso le había indicado. Vuelto después a Creso, le dijo: —«Tus acciones y tus palabras se muestran dignas de un ánimo real; pídemelo, pues, la gracia que quisieres, seguro de obtenerla al momento. —Yo, señor, respondió, te quedaré muy agradecido si me das tú permiso para que, regalando estos grillos al dios de los griegos, le pueda preguntar si le parece justo engañar a los que lo sirven, y burlarse de los que dedican ofrendas en su templo.»

Creso entonces quiso saber cuál era el motivo de sus quejas, y Creso le dio razón de sus designios, de la respuesta de los oráculos, y especialmente de sus magníficos regalos, y de que había hecho la guerra contra los persas inducido por predicciones lisonjeras; y volviendo a pedirle licencia para dar en rostro con sus desgracias al dios que las había causado, le dijo Creso sonriéndose: —«Haz, Creso, lo que gustes, pues yo nada pienso negarte.»

Con este permiso envió luego a Delfos algunos lidios, encargándoles pusiesen sus grillos en el umbral mismo del templo, y preguntasen a Apolo si no se avergonzaba de haberle inducido con sus oráculos a la guerra contra los persas, dándole a entender que con ella daría fin al imperio de Creso; y que, presentando después sus grillos como primicias de la guerra, le preguntasen también si los dioses griegos tenían por ley el ser desagradecidos.

XCI

Los lidios, luego que llegaron a Delfos, hicieron lo que se los había mandado, y se dice que recibieron esta respuesta de la Pitia: —«Lo dispuesto por el hado no pueden evitarlo los dioses mismos. Creso paga el delito que cometió su quinto abuelo, el cual, siendo guardia de los Heráclidas, y dejándose llevar de la perfidia de una mujer, quitó la vida a su monarca y se apoderó de un imperio que no le pertenecía. El dios de Delfos ha procurado con ahínco que la ruina fatal de Sardes no se verificase en daño de Creso, sino de alguno de sus hijos; pero no le ha sido posible trastornar el curso de los hados. Sin embargo, sus esfuerzos le han permitido retardar por tres años la conquista de Sardes; y sepa Creso que ha sido hecho prisionero tres años después del tiempo decretado por el destino.

¿Y a quién debe también el socorro que recibió cuando iba a perecer en medio de las llamas? Por lo que hace al oráculo, no tiene Creso razón de quejarse. Apolo lo predijo que, si hacía la guerra a los persas, arruinaría un grande imperio; y cualquiera en su caso hubiera vuelto a preguntar de cuál de los dos imperios se trataba, si del suyo o del de Creso. Si no comprendió la respuesta, si no quiso consultar segunda vez, échese la culpa a sí mismo. Tampoco entendió ni trató de exterminar lo que en el postrer oráculo se le dijo acerca del mulo,

pues este mulo cabalmente era **Ciro**; el cual nació de unos padres diferentes en raza y condición, siendo su madre Meda, hija del rey de los medos Astiages, y superior en linaje a su padre, que fue un persa, vasallo del rey de Media, y un hombre que desde la más ínfima clase tuvo la dicha de subir al tálamo de su misma señora.»

Esta respuesta llevaron los lidios a Creso; el cual, informado de ella, confesó que toda la culpa era suya, **y no del dios Apolo**. Esto fue lo que sucedió acerca del imperio de Creso y de la primera conquista de la Jonia.

Copyright © Hispanoteca.eu – 2023 – Alle Rechte vorbehalten